

Cómo pelear con su cónyuge

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfíl

CÓMO PELEAR CON SU CÓNYUGE

Cómo pelear con su cónyuge

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfil

Cómo pelear con su cónyuge

Todos los derechos reservados por:

© 2019 Editorial Alfil, S. A. de C. V.

Insurgentes Centro 51-A, Col. San Rafael

06470 México, D. F.

Tels. 55 66 96 76 / 57 05 48 45 / 55 46 93 57

e-mail: alfil@editalfil.com

www.editalfil.com

ISBN 978-607-741-233-5

Dirección editorial:

José Paiz Tejada

Revisión editorial:

Berenice Flores. Irene Paiz

Diseño de portada:

Arturo Delgado

Impreso por:

Solar, Servicios Editoriales, S. A. de C. V.

Calle 2 No. 21, Col. San Pedro de los Pinos

03800 México, D. F.

15 de marzo de 2019

Esta obra no puede ser reproducida total o parcialmente sin autorización por escrito de los editores.

Contenido

1. Introducción	1
2. Definición	5
3. Etiología	19
4. Génesis	25
5. La virtud	39
6. El dinero	53
7. El suicidio	75
8. Suegras	89
9. El cuñado	113
10. La ambición	135
11. Navidad	151
12. El soldado	155
13. Lágrimas	169
14. Celos	199

1

Introducción

*En todo aquel hogar donde los cónyuges no riñen,
se injurian o se pegan no hay felicidad.*

La ausencia total de literatura, guías, métodos o sistemas para pelear con su cónyuge fue la razón primordial que me impulsó a escribir este libro. Llegué a la conclusión de que era imprescindible una obra de esta naturaleza para descubrir el fascinante mundo de las camorras matrimoniales y mostrarlo, a los escépticos, tal como es: ¡subyugante y arrebatador!

Es imposible negar que a toda hora, a cada minuto, segundo tras segundo, miles de matrimonios en todos los rincones de la Tierra están enfrascados en emotivas batallas con los mismos cónyuges que seleccionaron por sus virtudes y encantos para convivir con ellos hasta que la muerte los separe; es decir, condenados a pelear hasta que Dios los ponga en santa paz.

Hace tiempo, cuando daba consulta en un pueblo llamado Tulyehualco, allá por Xochimilco, un humilde campesino fue a visi-

tarme para quejarse amargamente de la falta de comprensión de su esposa, a pesar de ser él un hombre trabajador y responsable con sus obligaciones de jefe de casa.

“Siempre quiere estar peleando, doctor —me dijo—, y yo no estoy preparado para eso. ¿No tiene usted una receta para quitarle lo bravera?”

En realidad, quien necesitaba la receta era él, algo que le hiciera hervir la sangre, avivarle la llama del coraje, galvanizarle esa pasividad y dejarlo listo para el pleito.

Pero esa pregunta de un hombre sencillo y rudo picó mi curiosidad y me impulsó a buscar un libro sobre la materia. Me di a la tarea de localizarlo en las principales librerías de la capital, enterándome así de la existencia de obras tales como *Hágase rico sin trabajar*, *Cómo viajar gratis a Cuba en avión*, *Manual del cartierista*, *Cómo ser más hermosa a los cien años*, *Mil métodos para agitar a los estudiantes*, *Los tigres de la política*, *El opio: remedio contra el insomnio* y otras por el estilo. Pero con tristeza comprobé que no existía un solo libro que preparara a la humanidad para los cotidianos choques matrimoniales. Mas con una tenacidad de auténtico héroe, seguí en la lucha enfocando mi mira en escritores, filósofos, psiquiatras, sociólogos e inclusive sacerdotes, encontrando en todos respuestas similares: “No hay nada escrito”, “ese tipo de pleitos son privados y secretos”, “es imposible evitarlos”, etc.

Desesperado, acudí a mi consultorio a examinar todos los documentos relacionados con enfermedades nerviosas, menopausia, trastornos psíquicos, epilepsia, etc., para ver si existía algo digno de tomarse en cuenta. Desgraciadamente todo fue en vano.

Varias semanas pasé tratando de encontrar el anhelado “manual” en librerías antiguas, bazares y puestos callejeros; me puse en contacto con personas relacionadas con el medio editorial y de todas obtuve la misma contestación: ese libro no existe.

Y mientras buscaba mi código los pacientes continuaban presionándome con sus problemas matrimoniales. Hubo una pa-

ciente que me halagó con dos botellas de tequila —de ese que toma la viuda de una afamada tequilería— por haberle aconsejado que corriera a su hombre a palos por ebrio y haragán; ahora es feliz, su marido ya no toma, trabaja y por lo menos dos veces a la semana se dan un agarrón que hasta los perros aúllan y las lechuzas lanzan su tétrico graznido.

Estos detalles aumentaron mi interés por encontrar el dichoso libro hasta que hube de convencerme de que no existía. Fue así como una lluviosa tarde del mes de julio, hallándome en un pueblo del estado de Hidalgo —Real del Monte—, se me ocurrió la disparatada y al mismo tiempo luminosa idea de escribirlo.

“Siembra un árbol, engendra un hijo y escribe un libro”, reza una vieja sentencia. Pocos se han dado cuenta de que en este trinomio está la solución al problema forestal, al de la explosión demográfica y al cultural; claro, si el hombre lo cumpliera. Pero nadie siembra un árbol; en vez de uno, traen al mundo tres o más hijos y por lo que toca al libro, suelen leerlo, pero no escribirlo.

Yo, fiel seguidor de esta sentencia, sembré un árbol hace varios años en mi paterna casa de Pachuca. Fue un aguacate que creció tan alto como una torre; jamás dio fruto, y como su raíz estaba aflojando las losas del patio hubo necesidad de talarlo. Y siendo padre de familia, sólo me faltaba escribir un libro.

La facilidad para enterarme de disgustos matrimoniales, el deseo de incrementarlos y la idea de que mi esfuerzo sirviera a todos aquellos que tienen la dicha de poseer cónyuge y pelear con él, fueron motivos más que suficientes para la realización de esta empresa.

¡Y puse manos a la obra! Saqué la máquina de escribir, exprimí los sesos a su máximo y llevé al papel todos los tesoros sobre camorras conyugales que habían archivado a lo largo de varios años de consultas médicas.

El título del libro dice todo y puede considerársele dentro de un nuevo género literario: serio–humorístico, que no es igual a tragicómico. En una tragicomedia se mezcla el llanto con la risa,

pero en nuestro libro no hay nada de eso: la cosa es seria, como serio es un pleito conyugal; y dentro de esa seriedad se derivan situaciones que provocan hilaridad, lo cual confirma que de lo solemne a lo ridículo hay sólo un paso.

Muchos juzgarán, al enterarse de los diferentes pleitos matrimoniales que aquí se exponen, que se ha exagerado, abultado e inventando situaciones. Sin embargo, se han eliminado expresiones por considerarlas impropias y demasiado ofensivas. Por lo demás, el lector encontrará los más comunes y vulgares calificativos que surgen en cualquier altercado ¡y más en las reyertas conyugales!

Podrá pensarse, por el título del libro, que se trata de un método para destruir hogares y recargar los juzgados civiles con demandas de divorcio, pero la finalidad es otra muy noble: la de convertir el lazo en cadena y dar más fuerza a la unión. Porque el pleito, aunque parezca una aberración, es un material que fortalece los cimientos del hogar.

Los cónyuges deben pelear, y aquí pueden aprender más de lo que por intuición saben. Un matrimonio que no pelea es un matrimonio anormal, y si existe debe ser el vivo retrato del aburrimiento.

2

Definición

*Es falso que en el matrimonio y el suicidio haya similitud,
pues mientras en aquél se sigue sufriendo,
en éste se acaba el martirio.*

Es necesario definir los conceptos que vamos a tratar, ya que, de lo contrario, no será posible ponernos de acuerdo, tal como sucede en el matrimonio, donde nadie se entiende ni se pone de acuerdo.

La expresión de nuestro título es: *Cómo pelear con su cónyuge*. Por tanto, debemos saber qué es cónyuge y qué es pleito, no obstante que estos dos vocablos dan la misma idea que los de box y pugilista.

Cónyuge, según la Academia Española, deriva de *conjux*, *conjugis*, consorte, sinónimo de esposo. Los cónyuges se deben amor y fidelidad.

La misma Academia indica que es un barbarismo frecuente escribir “cónyuge”, aunque la mayoría opinan que es más barbarismo tenerlo.

Resulta oportuno aclarar este concepto, pues no sería correcto que este libro fuera estudiado por personas ajenas a la “yunta”, hombres y mujeres que no están debidamente matrimoniados y viviendo en concubinato, aunque debemos reconocer que hay quienes saben más del matrimonio y sus múltiples y complejos problemas sin estar casados; por ejemplo: los curas.

No es posible hablar de cónyuge sin saber lo que es matrimonio ni hablar de matrimonio separando a los cónyuges, pues entonces estaríamos hablando de divorcio. El matrimonio y los cónyuges siempre van juntos, son inseparables; y siendo el matrimonio una institución, primero hablaremos de él.

Desde que el Creador determinó poner a la mujer en el camino de Adán se estableció el matrimonio. Es una alianza entre dos seres que se aman; el enlace de dos almas que habitan sobre la faz de la Tierra y se quieren; es el sacramento que establece dicha unión desde el punto de vista religioso; es la unión de un hombre y una mujer ante la sociedad; pero nunca, como dicen algunos, “la unión de dos seres felices para llevar una existencia desgraciada”.

Existen muchas definiciones irónicas del matrimonio, que no por ello dejan de ser filosóficas. Alguien dijo: “el matrimonio es la única guerra en la que los enemigos duermen juntos”. ¡Y dijo la verdad!

En no pocos países civilizados es frecuente y hasta está legalizado el “matrimonio” entre seres del mismo sexo, que generalmente es entre hombres. No nos interesa ese grado de “adelanto” y preferimos nuestras obsoletas costumbres de casar a un hombre con una mujer, aunque se nos tilde de conservadores y mojigatos.

A Diógenes le preguntaron en cierta ocasión cuándo se debía casar un individuo, a lo que él respondió: “Los jóvenes todavía no, los viejos nunca”.

Por su parte, Henry Fielding fue demasiado cáustico al decir: “En todo matrimonio hay, por lo menos, un necio”.

Fliegende Blater sostuvo que al matrimonio le dicen santo,

porque cuenta con innumerables mártires.

Benjamín Franklin decía riendo a la vez: “Ten tus ojos muy abiertos antes del matrimonio y medio cerrados después de él”.

Francisco D. Guerrazzi afirmaba que “El matrimonio es el sepulcro del amor, pero del amor loco, del amor sensual”.

De todas las definiciones sobre el matrimonio, la que más me gusta es la poética, la que dice: “El amor debe considerarse como un poema cuyo canto primero es el matrimonio”. No recuerdo quién fue el cretino que a este pensamiento le agregó: “¡y su feliz desenlace, el divorcio!”.

Pero no todas las opiniones coinciden en que sea un “enlace divino”. Fue por eso que Alejandro, Aníbal, Platón, Homero, Virgilio y otros genios vivieron en el celibato. Más todavía: las dos grande figuras de la historia divina, Jesucristo y Satanás, no se casaron.

¿Acaso tuvieron miedo?

Por otro lado, no es posible concebir que Alejandro y Aníbal, guerreros que vieron de cerca mil veces la muerte, hayan temido a la mujer. Aníbal se suicidó con un veneno que siempre llevaba consigo. ¿Prefirió el veneno a una mujer, o por una mujer tomó veneno? ¡Quién sabe!

En lo que toca a Virgilio cabe preguntarse: ¿prefirió hacer de la mujer un poema que una esposa? ¡Otro enigma!

A Jesucristo no es posible concebirlo casado, pues esto automáticamente hubiera convertido a María en suegra; y una virgen así lo checa.

Si el Diablo se hubiera matrimoniado, no existiría una sola persona que le temiera. Verían en él a un “pobre diablo” y la temida sería la Diabla.

Hace años, allá en mi querida Pachuca, conocí a un bohemio de pura cepa, uno de esos tipos que suelen encontrarse en contadas ocasiones. Solía tomar cerveza en abundancia en un cafetín de barriada y discutir de la mujer y de la religión sin tenerlas. Para aguijonearlo le preguntaba: “¿qué opinas de la mujer?”

—La mujer —respondía— es la más sublime creación del Gran Dios, y como yo no creo en el Gran Dios, menos puedo asegurar que, de algo en lo que no creo, surja un ser sublime. Tampoco comulgo con la generación espontánea, y sólo sé que del éter saldrá éter; de la nada tendremos nada; de la política, ladrones. Para que me entiendas: no creo en Dios ni en la mujer, y si creyera diría que Dios es el Supremo Hacedor y la mujer la Suprema Des-hacedora.

Beaumarchais, escritor francés, autor de *El barbero de Sevilla*, recalcó: “El matrimonio es, de todas las cosas serias, la más divertida”. Severo Catalina, en su libro *La mujer*, tergiversa la sentencia así: “El matrimonio es de todas las cosas divertidas la más seria”.

Después de estudiar detenidamente ambas controversias nos encontramos con una incongruencia: ¡las dos son acertadas!

Algo misterioso envuelve a las personas que hablan del matrimonio. Los solteros —parece mentira— se expresan con mucho entusiasmo; los casados, con la experiencia obtenida, hablan con reserva; y los divorciados, aunque no lo crea ni Ripley, buscan afanosamente volver a casarse. ¡Quién entiende a la humanidad!

Ahora nos toca definir a los cónyuges, es decir, al hombre y a la mujer que se han unido.

El hombre es un primate dotado de inteligencia, clasificado entre los mamíferos, que habla un lenguaje articulado y se caracteriza por un cerebro voluminoso. Esta definición es válida para ambos sexos.

Dice *La Biblia* que después de haber creado la luz, los cielos la tierra, los mares, el sol, la luna, las estrellas y los cometas, Dios se sentó a extasiarse con su obra. Y fue en ese trance cuando le vino la idea de hacer al hombre.

El hombre es el animal perfecto (aunque las mujeres alteren el orden de las palabras y digan que es un perfecto animal).

“...y del soplo divino brotó Adán”. Hasta aquí la versión bíblica.

Muchos sacrílegos afirman que a Dios le dio un ataque de risa después de haberse quedado observando a Adán. ¡Así de cómico y ridículo le pareció! Pero cuando le puso por compañera a Eva fue mayor su hilaridad, al grado de que sus carcajadas hicieron cimbrar el Paraíso; sin duda adivinó lo que después vendría.

Pienso que Adán debió sentirse solo desde antes de que apareciera Eva, aunque muchos aseguran que cuando ella apareció nuestro padre Adán se sintió más solo.

Algunos pensadores definen al hombre como un animal feo, fuerte y formal. Actualmente ya no hace honor a estas tres eses, pues se ha ausentado de los gimnasios, asiste a los salones de belleza y no cumple con sus compromisos.

Las mujeres no dejan de ser cáusticas en sus definiciones: “Hombre es una chequera que sabe besar”, afirman.

No podemos olvidar la definición atribuida a Platón encerrada en cinco palabras: “Hombre es un bípedo implume”, lo que motivó a Diógenes para arrojarle un gallo desplumado diciéndole: “ahí tienes a un hombre”.

El mejor elogio a este ente salió de labios de la reina Cristina de Suecia al decir: “Yo amo a los hombres no porque sean hombres, sino porque no son mujeres”.

Tuve la oportunidad de escuchar esta referencia de un sacerdote: “Un alma chiquita que lleva a cuestras un cadáver”.

Ahora veamos: ¿qué es la mujer? He aquí una pregunta que tiene mil respuestas, diría un optimista.

El tema es fascinante, pues de la mujer el hombre ha hecho poesía y sin ella no habría poetas; en sus versos dicen cosas lindas de la mujer y en sus pláticas dicen lindezas, que no es lo mismo.

La mujer no puede definirse a sí misma, se detesta. En cambio, el hombre no solamente la soporta, sino que le canta y la baña de bellos atributos. Por supuesto que a veces también la baña para besarla.

Lord Chesterfield sentenció hace más de dos siglos: “La mujer no es más que un niño desarrollado”. Creo que a pesar del tiempo

transcurrido ese niño sigue en evolución, aún no madura.

—¿Que todavía no madura? —impugnó un filósofo cuya mujer lo había dejado en la miseria—. Pues si siendo un niño ha propiciado tantos cambios importantes en la historia de la humanidad, cuando haya madurado... ¡Dios nos libre!

La mujer es, en síntesis, la luz del hombre, la que guía sus instintos, sus sueños, sus pensamientos y su dinero.

Entre los artistas priva la opinión de que la mujer es la obra perfecta de la creación, basando tal concepto en que Dios, al hacerla, la libró de los defectos de su original: el hombre.

Sin embargo, los intelectuales opinan lo contrario, aseverando que “La mujer fue lo último que hizo Dios; bien se ve que ya estaba cansado”.

Un soldado de infantería, que perdió el brazo derecho al estallarle una granada en pleno combate, comenta: “Le tengo más miedo a la mujer que a otra granada”.

Todas estas argumentaciones se conjugaron para que una noche, en una céntrica taberna capitalina, se reunieran varios estudiantes de diferentes escuelas universitarias y un fugitivo del convento de San Lázaro, para discutir sobre el apasionante tema de la mujer. Con objeto de formalizar la alegata, se nombró un jurado calificador con elementos universitarios y un presidente de debates, título que recayó en el fugitivo de la sotana. Se acordó integrar dos grupos: uno a favor de la mujer y otro en contra.

El fugitivo, después de haberse puesto de acuerdo con el temario sobre el que se iba a discutir, declaró abierta la sesión dando tres golpes con su tarro de cerveza.

—Primera pregunta: ¿en quién existe más belleza, en el hombre o en la mujer? —inquirió con solemnidad.

Virgilio, estudiante de arquitectura, pidió autorización, levantando el dedo, para dar su punto de vista.

—Tiene usted la palabra —indicó el presidente de debates con un gesto autoritario.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del orador

al momento de iniciar su discurso.

—Esta pregunta quiero contestarla saboreando, con mi humilde lenguaje, el divino néctar de la belleza femenina. No quiero mancillar, ni con el pensamiento, esa obra arquitectónica de la naturaleza; esa estatua perfecta en la que manifestó su excelso gusto el Creador. ¡No nos podía fallar! Pues si bien es cierto que ya había formado todas esas maravillas que a nuestra vista resaltan como ríos, montañas, flores, luz, etcétera, también es verdad que le faltaba culminar su divina creación con el exquisito regalo celestial: ¡la mujer! Y de aquí que del hueso de un hombre, precisamente de una costilla, la creó. Yo no cambiaría la dicha de extasiarme en la hermosura de una mujer, señores del jurado, por contemplar la tosca estructura de un hombre; jamás podría mirarme en los ojos de un varón teniendo frente a mí los de una hembra; nunca me haría estremecer el vaivén de unas caderas masculinas teniendo a mi vista la ondulante figura de una danzarina. Tampoco me haría temblar de emoción el brusco apretón de la mano peluda de un atleta, como la fina y delicada caricia de una mujer. ¡No! Prefiero en todo momento la belleza femenina.

Virgilio dio un sorbo a su cerveza y agregó:

—Todo lo expuesto es para afirmar que la mujer es más bella que el hombre en lo físico, en lo espiritual y en todo lo que ustedes quieran. ¡He dicho!

Una salva de aplausos fue la rúbrica a esta intervención del arquitecto Virgilio.

—El turno es de la oposición —señaló el presidente.

Un joven de la escuela de filosofía y letras se levantó de su asiento y tomó la palabra.

—Hemos escuchado una bella disertación —empezó diciendo con ironía—, tan bella que si el Creador le diera vida, tendríamos una mujer de seno armonioso, redondeadas caderas y entregada a exótica danza. ¡Pero no estoy de acuerdo en ninguno de sus puntos! Por principio de cuentas, pienso que el Gran Hacedor no perfeccionó su obra original al fabricar a la mujer, sino por el con-

trario, ésta salió inferior a sus compañeros; tan inferior, que muchos miles de millones de pesos ha costado al hombre para que luzca bella con el uso de cosméticos, maquillaje, pelucas y peinados que parecen edificios, ya que los hay hasta de dos pisos. Esta es una demostración de la imperativa necesidad que tiene la mujer de usar afeites que hagan resaltar su físico, contrario a los varones, que se exhiben al natural. El llamado sexo débil usa, o mejor dicho abusa, de la pintura para los ojos, las cejas, las pestañas, las uñas, el cabello, en fin, para todo, con objeto de tener mejor apariencia. He conocido rubias despampanantes que después de un buen baño destacan su tez bronceada y sus toscas facciones de indígena. El hombre normal, el verdadero hombre, aquel que no se deja crecer el pelo ni usa cosméticos, es hermoso desde el punto de vista estético.

Tras breve pausa, que le sirvió para agotar el contenido de su tarro y hacer la seña de que le sirvieran otro, prosiguió:

—Afirmo lo anterior basado en hechos, no en expresiones poéticas y a veces cursis. Entre los animales, que son nuestros maestros, encontramos la respuesta precisa: el gallo es más hermoso que la gallina y además canta; la estampa del toro no puede compararse con la de la vaca, esté parada o echada; el pavo real es una gama de bellos colores, en contraste con la pava; el león, en silencio o rugiendo, es todo un poema de majestuosidad que no iguala la leona, y así por el estilo. Por algo, cuando un padre emocionado comunica a sus familiares y amistades que su esposa tuvo una niña, el comentario unánime es: ¡qué lástima!, lo contrario de cuando se anuncia el nacimiento de un varoncito.

Levantando su tarro de cerveza en ademán de brindis, terminó su discurso así:

—Estos argumentos son más que suficientes para que me proclame, sin menoscabo de mi hombría, en favor del sexo masculino en lo relativo a la belleza física. ¡Salud!

Los nutridos aplausos de la concurrencia acompañaron al orador hasta su asiento, mientras el presidente de debates, tratando

de apresurar la discusión, ordenaba:

—Ruego al jurado vaya tomando nota de las exposiciones que se han hecho y sigamos con el punto número dos: ¿quién es más fuerte, el hombre o la mujer?

Un estudiante de leyes, con más tipo de porrista que de futuro defensor del derecho, propuso que subiera primero el orador que hablara en pro del prestigio del hombre.

Concedida tal petición, subió a la tribuna un pintor de acuarela, de melena abundante y rizada, finos ademanes y de un hablar un tanto cuanto meloso.

—Considero que este punto es bastante breve por resultar desventajosa la comparación. No se concibe a la mujer levantando 250 kilos, ni mucho menos noqueando al campeón mundial de peso completo. ¡He terminado!

Tan rápido e insípido fue el discurso que no hubo alguien que se atreviera a batir palmas; sin embargo, el grupo defensor del hombre parecía tener el triunfo. Pero un estudiante de medicina, como impulsado por un resorte, se levantó de su asiento y se colocó frente al jurado antes de que se retirara el pintor.

—Nunca había escuchado un argumento tan endeble y falto de razonamiento. Esto me recuerda la plática que oí hace tiempo entre dos guapas mujeres que hablaban sobre el hombre. Una de ellas decía: “he llegado a la conclusión de que el hombre sólo sirve para hacernos el amor”. Justo en ese momento pasaba un matrimonio, ella zarandeándose al andar y él haciendo malabarismo para que no se cayera ninguno de los cinco bultos con los que su compañera lo había cargado. Al mirarlo completó su definición: “...y también para cargar bultos”. En síntesis, parece que la oposición trata de probar que el hombre sólo sirve para levantar objetos pesados y para golpear. ¡Triste misión de la fuerza masculina! Mas creo que la parte contraria está equivocada, que ha incurrido en una confusión de términos que voy a despejar con bases.

El futuro galeno dio un sorbo a su naranjada —era abstemio— y continuó:

—Dios conocía la fuerza física y la resistencia con que había dotado a la mujer. Y si así la configuró fue para que a ella le tocara soportar los nueve meses de molestias que dan el embarazo y los dolores intensos del parto. Estoy seguro de que si el hombre hubiera sido designado para dar a luz, hace siglos que la especie humana se hubiera extinguido. Y recalco que no solamente la fuerza física del sexo femenino es mayor que la masculina, sino también su resistencia. La mujer, sin ejercicios de calentamiento como los que hacen los boxeadores y luchadores antes de subir al ring, se echa auestas su “chilpayate” de nueve y hasta más kilos de peso, para recorrer distancias considerables sin asomo de fatiga; en cambio, el hombre, en tarea similar, a los pocos metros siente que le duele la cintura y la espalda y necesita una cerveza para recuperar energías.

Las manifestaciones de aprobación a lo dicho por el estudiante de medicina tocaron los límites del delirio, mientras el pintor que lo había antecedido se sumía en un asiento, como tratando de esconderse.

El fugitivo de la sotana, entusiasmado por este discurso y por la cerveza que había ingerido, descargó tres puñetazos sobre la destartalada mesa y se autoconcedió la palabra:

—Hemos escuchado pacientemente las disertaciones de ambas partes. El arquitecto Virgilio, con expresión poética e inspirada dejó firmemente asentadas las virtudes y la belleza física de la mujer. Después, con la labia y el talento del culto filósofo, nos impregnamos de los conocimientos sobre la belleza masculina en el terreno animal y aceptamos unánimemente que el gallo, el león, el pavo real y el toro son más bellos que sus respectivas parejas; luego el mismo filósofo arremetió contra el abuso que la mujer hace de los cosméticos, tal vez por vergüenza, el que también hacen los hombres. Posteriormente el pintor y el galeno nos dieron sus conceptos acerca de la fuerza física de los diferentes sexos, sobresaliendo la del émulo de Hipócrates por sincera y desconocida. Ahora, modestamente, voy a dar mi opinión sobre

este apasionante tema que nos ha hecho reunir con gran alegría.

Un cerrado aplauso de todos los presentes fue la mejor señal de aprobación para escucharlo.

—Quiero señalar algo que deliberadamente omitió nuestro discípulo de Platón: el aspecto de los sexos. No me negarán que en la actualidad es muy difícil apreciar a simple vista si aquella cabellera pertenece a una dama o a un caballero; si la camisa, de fino brocado y hermosos encajes tiene por dueño a una señorita o a un señorito. Yo, en mi calidad de ex seminarista, carrera que abandoné porque se nos prohibía andar con mujeres, me pronuncio a favor de ellas en cuanto a belleza física, fuerza y moral. Ahora bien, señores del jurado, voy a tocar un tema delicado que será el remate a esta discusión. ¿Saben a qué se debe el actual desquiciamiento de la mujer? ¡Escuchen, discípulos de Galeno, de Sócrates, de Rafael, de las Musas y de los Dioses del Olimpo! ¡Abran bien los oídos porque voy a descorder el velo que cubre una ignominiosa verdad! La mujer, ese maravilloso obsequio de la naturaleza, está triste; la compañera de Adán está llorando desconsoladamente; la mujer que Dios destinó a los varones está desorientada. “Que consulte a los médicos”, opinarán algunos; pero los médicos ignoran las enfermedades del alma. “Que le pida a Dios luz”, dirán otros; pero Dios, con tantos problemas raciales y preocupado porque el hombre se le está saliendo del huacal para invadir otros planetas, se ha olvidado iluminarla.

El fugitivo del seminario hizo una pausa para beber de su cerveza y continuó:

—¿Qué le pasa a la mujer? ¡Muy sencillo! El hombre, ese estúpido y engreído ente que se mueve sobre la tierra con la petulancia de un gallo de pelea, está enamorado de sí mismo. Por eso se deja crecer el cabello, se depila las cejas, se arregla las uñas y se pinta el bigote; por eso se planta frente al espejo y estudia gestos, movimientos, dengues y ademanes nada varoniles. Y en su loco “autoamor”, en su tonta egolatría, ¡ha olvidado a la mujer! Parece mentira, pero así es.

El jurado escuchaba atentamente al frustrado sacerdote. Los miembros de la oposición, en su mayoría melencidos, no apartaban su vista del orador mientras éste, con su tono eclesiástico, continuaba envolviéndolos en las redes de su elocuencia.

—¿Y qué hace la mujer ante tal olvido? Tratar de hacerse notar, procurar reconquistar a su “media manzana” y recuperar el terreno perdido. Es por eso que al sentirse abandonada, despreciada y hasta humillada en cierta forma, recurre a su talento natural, que es cantera inagotable de tretas; se vale de su astucia, de la sorpresa, de los cosméticos, de las pelucas; en fin, ha llegado a levantarse la falda a la altura del brasier y se ha bajado el brasier a la altura de las rodillas en su afán de que el olvidadizo varón se acuerde de que ella existe. Hoy más que nunca admiro a Sor Juana Inés de la Cruz que, sin estar casada, describió y exhibió la necesidad del hombre mejor que cualquier filósofo de todos los tiempos.

Los congresistas, incluyendo a los melencidos, aplaudieron entusiasmados. El seminarista “destripado” prosiguió:

—Con lo expuesto se levanta la sesión y pido que cada uno de nosotros, en la mente y en forma secreta, lleve el veredicto final.

Los asambleístas abandonaron aquel antro, en el que por vez primera elevados conceptos filosóficos habían suplido a las palabras soeces y a las injurias. El dueño, en el momento de verse solo, instintivamente levantó su copa y, con una sonrisa de satisfacción y convencimiento, dijo en voz baja: “¡Por las mujeres!”

Establecido claramente lo que es matrimonio, cónyuge, hombre y mujer, sólo nos falta definir lo que es pleito.

La Academia Española lo define como una disputa o litigio judicial entre dos personas. También como una riña que se resuelve con las armas.

Se trata, evidentemente, de una pequeña guerra entre dos personas. En nuestro caso el problema de la definición se simplifica, pues necesariamente deben ser cónyuges los rijosos.

Recuerdo, como ejemplo clásico e ilustrativo de camorra ma-